

# La Iglesia vasca, entre la profecía y la sumisión

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR \*

**C**UALQUIERA que se acerque a la historia del País Vasco se dará cuenta, de inmediato, que la Iglesia católica ocupa en ella un lugar preferente, un espacio aún más amplio que en otras regiones de España. Durante siglos, la religión y su representación institucional configuraron a sus anchas las mentes y las conciencias vascas, haciéndose insustituibles en el liderazgo de la sociedad. Si las dos guerras carlistas sirvieron para sellar, una vez más, el entendimiento entre el campesinado y el clero vasco, la ideología nacionalista habría de consagrar la consonancia de la fe católica con aquella nueva patria que empezaba a llamarse Euskadi. Desde entonces el destino de la Iglesia no podría separarse de la suerte de un movimiento —el nacionalismo vasco— que, como ninguna otra institución, había ayudado a nacer y a expandir. La adhesión de los eclesiásticos a los contenidos nacionalistas y el fervor desplegado en su difusión tal vez encuentren una explicación en la naturaleza dinámica del sentimiento religioso y en su capacidad de sublimación o mitificación de la realidad. Por otra parte, el populismo nacionalista, pregonero de una moral colectiva capaz de lograr la epifanía de la patria vasca, se ensamblaba cómodamente con el populismo cristiano, que gracias a la redención alcanzaría la patria celestial y la resurrección.

## ***EL NACIONALISMO SIN RELIGIÓN***

Cuando en los años sesenta del presente siglo la religiosidad vasca entre en bancarrota, el nacionalismo vasco se verá inmerso en una profunda crisis de identidad que habría de llevarle a una progresiva radicalización, con su consiguiente secuela de violencia. Esta pérdida del horizonte religioso del nacionalismo vasco no supuso mengua alguna en la afición de la clerecía al movimiento; antes al contrario, siguió siendo nacionalista y no pareció darse cuenta del vacío dejado por sus contenidos dogmáticos y su sentido de la utopía en un nacionalismo que desertó de la religión pero que no puede hacerlo de las estructuras psicológicas moldeadas por el catolicismo. Los que se preguntan por las responsabilidades de la Iglesia en el clima de desasosiego y violencia que vive el País Vasco suelen contestarse aludiendo a esa trasferencia de lealtades de las causas religiosas a las seculares sin que decreciera el espíritu de devoción o fanatismo que las sostenía.

De todas formas no se puede decir que la Iglesia vasca haya

\* Fernando García de Cortázar es Catedrático de Historia Contemporánea y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Deusto.

sido o lo sea ahora en su totalidad nacionalista. Por mucho que el credo vasquista encandilara a tantos eclesiásticos, no fueron pocos los que le dieron la espalda. Tampoco, por unas razones o por otras, tuvo la clerecía hasta la actualidad demasiadas facilidades para exteriorizar sus impulsos de identidad política. Es ahora cuando la jerarquía vasca, consagrando el triunfo del nacionalismo, no duda en afirmar la convergencia existente entre determinadas metas nacionalistas y el apremio ético de la vida cristiana. Para unos, esa acomodación eclesiástica a las «nuevas ideas» sería «aggiornamento»; para otros, pura contemporización o simple oportunismo. Y en verdad, la puesta al día de la Iglesia vasca supone aceptar, en buena parte, los valores y categorías que la sociedad está haciendo triunfar.

Como en los momentos más tensos del franquismo agonizante, la Iglesia vasca sigue suscitando polémicas y sentimientos muy encontrados. Los obispos vascos, mucho más que sus hermanos del episcopado español, son noticia por sus frecuentes incursiones en asuntos puramente temporales y por sus declaraciones, revestidas de juicio moral, sobre cuestiones opinables y no específicas de su campo eclesial. En distintas ocasiones, desde las páginas de los periódicos, se ha pedido cuentas a los prelados por el uso temporalista que hacían de la *auctoritas* episcopal en asuntos claramente políticos. Sin negar la palabra a los obispos en esos asuntos, más de uno ha pedido una menor arrogancia en las intervenciones de la jerarquía sobre cuestiones públicas y un más abundante empleo de la capacidad eclesiástica de relativización de las ideologías y formas políticas, sean éstas cuales fueren.

Si los liberales radicales del siglo XIX popularizaron la expresión conminatoria, «la Iglesia en la sacristía», son muchos otros los que también piensan y gritan lo mismo. No obstante, una Iglesia que pretenda retirarse al terreno de la vida privada de hecho está ya tomando una postura social eficaz: la consagración implícita del sistema social existente. Pues bien, en medio del laberinto vasco de estos últimos años, la Iglesia ha sido invitada, más de una vez, a permanecer callada. Pero no porque se quisiera su silencio contemporizador sino porque se temía su voz unilateral, su profetismo de una sola dirección. Profeta frente al Estado y sus autoridades, la jerarquía vasca no acaba de serlo frente a las obstinaciones y desórdenes de su pueblo.

La Iglesia vasca de la época franquista fue una Iglesia con prestigio en España por su enorme fuerza de oposición al régimen pero, muerto el dictador, ha pasado a convertirse en verdadera piedra de escándalo de creyentes y no creyentes. En el siniestro horizonte del terrorismo etarra, la imagen del cura trabucaire, del clérigo violento o del fraile montaraz ha tomado cuerpo como queriendo responsabilizar a la Iglesia del comportamiento brutal de algunos vascos. Hasta hace bien poco tiempo la jerarquía vasca era acusada de ponerse una venda ante el terrorismo de ETA; sin embargo, los obispos vascos llevaban años condenando y deslegitimando genéricamente toda violencia: «no es lícito matar a nadie...». Lo que ocurría era que un afán de equilibrio empujaba or-

**UNOS  
OBISPOS  
POLÉMICOS**

dinariamente a los prelados vascos a poner toda violencia en el mismo plano, la de los miembros de ETA y la de las fuerzas de orden público. También era cierto que los obispos vascos, que enseguida perdieron el miedo a usar palabras como «torturas», «represión institucional» o «policía», rehusaron siempre emplear términos como «terrorismo» o «ETA», que hasta hace pocos años no fue condenada por su nombre.

## **SIEMPRE LA VIOLENCIA**

En el carnaval trágico del País Vasco, ETA ha conseguido vincular la conciencia vasca, el «ser vasco», al sentimiento antirrepresivo y al rechazo de las Fuerzas de Orden Público. Por ello toda la comunidad nacionalista, fiel a su carácter agónico y defensivo, acepta con facilidad, como señas de identidad diferenciadoras, la interiorización del hecho represivo y la repulsa a los agentes de la represión. Es verdad que la jerarquía vasca ha acentuado la contundencia de sus condenas a ETA pero no es menos cierto que las ha hecho acompañar casi siempre con el reproche de la actuación de los cuerpos policiales o con el intencionado recordatorio de la obligación que éstos tienen de respetar los derechos humanos. En momentos en los que el terrorismo etarra golpeó con especial inhumanidad —masacre de Zaragoza, por ejemplo—, semejante condena bipolar pareció a muchos un cruel sarcasmo o una malévolamente inoportuna. Porque leyendo la cartilla a la policía o al Estado, al socaire de la condena a ETA, parecía como si se buscara una equiparación de violencias y maldades, de intransigencia y deslegitimidad. No se debe olvidar que la jerarquía vasca viene jugando la baza del nacionalismo dominante, cuyo discurso ideológico, manifiesto o latente, se esfuerza con tesón en socavar la legitimidad del Estado dentro del territorio vasco.

Si la acusación de cerrar los ojos a la violencia etarra es injusta en el caso de los obispos vascos, no se puede decir lo mismo de algún sector fanatizado de su clero. El lenguaje y los símbolos religiosos son para el *abertzalismo* radical eclesiástico el mejor soporte de lo que bien pudiera llamarse la justificación cristiana de la violencia. Casi como un anacronismo, de vez en cuando, se hace notar una «Coordinadora de Sacerdotes», poco representativa pero inmune al desaliento, cuya manipulación del lenguaje religioso se actualiza trágicamente en los funerales de los etarras. Envueltas en una retórica emotiva que apela al compromiso y la generosidad, las homilias de muchas de esas ceremonias fúnebres tienen como rasgos comunes los siguientes: asignación de la categoría evangélica de «pobres y oprimidos» al pueblo vasco; propuesta de liberación de Euskadi a la luz del Éxodo bíblico; exaltación martirial de los activistas muertos y equiparación con el holocausto de Jesús. Poco importa que el etarra haya sido víctima de su propia máquina de matar que le explotó en las manos, los símbolos religiosos y patrióticos del *abertzalismo* eclesiástico podrán convertir su muerte en la muerte de un mesías redentor.

## **EL NACIONAL- CATOLICISMO VASCO**

La coincidencia de la Iglesia con el poder nacionalista ha hecho que se hable de un *nacionalcatolicismo vasco*, en el que se repro-

dudan todas las formas y «tics» del viejo nacionalcatoliéismo franquista. La diferencia entre ambas situaciones estribaría ahora en la mayor generosidad de la Iglesia al derramar sus bendiciones sobre los poderes autónomos, sin esperar de ellos, a cambio, la adopción de aquella religiosidad retórica que envolvió al primer franquismo. Utilizando un lenguaje religioso de redención y salvación, la Iglesia vasca participó en el juego simbólico ritual solicitado por el nacionalismo moderado, contribuyendo de esa manera a la revaloración de un proyecto sociopolítico concreto y, en consecuencia, a la deslegitimación de cualquier otro.

Desde la pastoral colectiva de 1937 difícilmente se encontrarán, en la Iglesia española, textos tan temporalistas como las pastorales que los prelados vascos, bajo el liderazgo intelectual del obispo de San Sebastián, han dado a conocer a la opinión pública. Al mismo tiempo difícil será hallar en la prosa episcopal ejemplos tan claros de consagración de una opción política como: la afirmación y defensa de la autonomía vasca por los obispos de dicha región. Su preocupación obsesiva por la conquista de la más amplia autonomía política no sólo habría que relacionarla con el ansia de pacificación de su pueblo, como ellos quieren hacer ver, sino también con la proclividad nacionalista de la clerecía. Apoyado en la solemnidad del documento episcopal, el lenguaje religioso sirvió lo mismo para invocar la libertad en abstracto que para hacer reclamaciones autonómicas. Pero deterioró la imagen de la Iglesia como instancia crítica y relativizadora de las ideologías al presentar la autonomía vasca como el absoluto religioso, como la proyección cultural de la fe cristiana y de su mensaje de liberación. De una u otra forma, el debate eclesial sobre la cultural *euskaldun* y el apremiante llamamiento a la necesaria manifestación del «ser vasco», siguiendo solapadamente las pautas nacionalistas, ha sido un fenómeno casi neurótico que ha esterilizado para la reflexión eclesiológica y para el ejercicio de una autocrítica *ad intra*.

Como monótona insistencia la Iglesia vasca viene recordando su compromiso en la defensa de la identidad de su pueblo y no hay documento o declaración de la jerarquía que no contenga alguna referencia al sentimiento autonomista de su comunidad. Esta acomodación eclesial a la mayoritaria sensibilidad político-cultural de la parroquia vasca no ha sido en absoluto traumática para gran parte del clero que, en estos terrenos, suele moverse a gusto. Ha habido, no obstante, un precio para esa reconversión integral al etnocentrismo vasco y no ha sido otro que el de la marginación de aquellos eclesiales poco dúctiles o recalcitrantes ante las nuevas formas de inculturación. Esta es una palabra malsonante que emplean muchos mandamases eclesiales en el País Vasco para excitar en sus subordinados el deseo de socializarse en las pautas culturales del nacionalismo al uso, que pasan inexorablemente por la recuperación del *euskera*.

Siempre fue la Iglesia del País Vasco una buena cultivadora y difusora del *euskera* pero su actual apuesta por dicho idioma, con el consiguiente dispendio de energías utilizables en una más urgente evangelización, parece limitar el horizonte de las preocupa-

**LAS  
PASTORALES**

ciones eclesiásticas y suscita recelos entre sectores no nacionalistas. Por otra parte, el conocimiento del vascuence ha servido para instalarse en los centros de poder eclesiásticos a sacerdotes seculares y regulares vascoparlantes y ha arrinconado a otros que no han podido traspasar la barrera del idioma. De este modo la Iglesia vasca no hace sino reproducir la batalla lingüística que enfrenta a su parroquia, renunciando a constituirse en lugar de encuentro de lo culturalmente diverso.

A lo largo de estos últimos años la Iglesia viene perdiendo, de modo progresivo, su antigua influencia como elemento de integración de la sociedad vasca. La hemorragia clerical —pasaron los tiempos en que el País Vasco era la gran cantera vocacional de España—, las tensiones internas de la propia Iglesia y el proceso de secularización ideológica, están erosionando el viejo protagonismo de la institución eclesiástica. Sectores sociales tan importantes como el obrero apenas sí reflejan la presencia de la Iglesia vasca, mientras los movimientos apostólicos languidecen sin encontrar arraigo. No obstante, y por mucho que se haya debilitado el catolicismo sociológico en el País Vasco, la Iglesia mantiene sus constantes vitales, aunque sólo sea porque una buena parte de su clientela siente, como Unamuno, «a la vez la política elevada a religión y la religión elevada a política». Pero la Iglesia debe saber que ése es el caldo de cultivo de toda irracionalidad y fanatismo y que de ambos se recogen buenas muestras en el País Vasco.

**CONTRA  
EL FANATISMO  
DE LAS  
PATRIAS**

En la Cuaresma de 1986 los obispos vascos, rompiendo con su trayectoria anterior, ponían en guardia a sus diocesanos acerca de los peligros que arrastran los amores patrios incontrolados. Por una vez ponían el dedo en la llaga por donde se desangra el País Vasco: «cuando la patria o el pueblo se convierten en un ídolo, despiertan, tarde o temprano, las energías destructivas».

Entre la tentación nacionalista y la necesidad de encontrar su propio espacio en una sociedad plural, la Iglesia vasca parece desbordada por la algarabía, la violencia y la crispación de la comunidad a la que sirve. Sin embargo, la historia nos devuelve la esperanza de que la Iglesia consiga levantar el vuelo y, desbaratando el cerco político que la sofoca, reencuentre la veta original de su mensaje cristiano. Dejando de estar a remolque de la iniciativa política, la Iglesia vasca podrá seguir siendo la compañera del hombre en su combate contra el absurdo y a favor de la vida, la libertad y la dignidad humanas. De ahí que, si como dice el refrán, «del enemigo, el consejo», valga la recomendación de aquel erasmista rezagado, Manuel Azaña, a la Iglesia de la Segunda República: «la religión es una cosa tremenda y va siendo hora de que los obispos, dejando de lado la política, empiecen a tomarla en serio».